

SERMON

DE SAN SEGUNDO.

(DE LA BIBLIOTECA PREDICABLE.)

Sapientia enim hujus mundi stultitia est apud Deum.

La sabiduría de este mundo es á los ojos de Dios una necedad.

I. á los corintios, c. 3. v. 19.

El Todopoderoso, criador de todas las cosas visibles é invisibles que forman el universo: el redentor de los hombres y glorificador de los santos: Jesucristo, señor nuestro, autor de la fe y de la gracia, que hace ángeles de pecadores, mandó á sus apóstoles y discípulos predicar su Evangelio á toda criatura, poner á las gentes todas en comunicacion familiar con el cielo y hacerlas virtuosas, sábias é ilustradas con las luces de la religion santa que profesamos. El Dios de la creacion, de la gracia y de la santidad envió á nuestros padres un plenipotenciario para ajustar con ellos un pacto de reconciliacion, de dicha y de venturas; san Segundo se presentó en esta tierra escogida con los poderes del cielo para establecer una alianza eterna entre los españoles y el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, y este es el día destinado á celebrar la memoria de este enviado del Señor, de este nuncio de la nueva mas feliz que ha escuchado el mundo, de este mensajero de nuestras dichas y felicidades, de este ángel que nos trajo mas bienes que los que concedió el Dios de los ejércitos á la casa de Raab, fiel matrona de Jericó, mas gozos y alegría que la que experimentaron los betulienses con Judit, y mas gracias que las que dejó el arca de la alianza en la familia de Obededon; que las que el arcángel san Rafael proporcionó á la de los Tobías.

Hoy solemnizamos con la mayor pompa y grandeza la festi-

vidad del gran patrono que nos concedió el cielo para nuestra dicha y felicidad: tributamos los mas solemnes cultos al Dios que se mostró tan admirable en san Segundo, y satisfacemos un deber de justicia, de religion, de piedad, de gratitud y de conciencia conformándonos con la práctica de mas de 1800 años. En todos ellos han alabado nuestros mayores á este primer santo que ilustró este país afortunado; siempre ha sido entre nosotros muy esclarecido el nombre de san Segundo; su memoria correrá en bendicion por todas las generaciones, y en loor suyo jamas faltarán las bendiciones, el poder, la fuerza y la virtud propias de los grandes héroes.

Pero señores, ¿por qué estas perpetuas alabanzas á este santo? Nadie sabe en dónde nació; nada nos consta de su origen, ni de los hechos de su infancia y juventud; pudiéramos decir que es como Melquisedec, sin padre, sin madre y sin genealogía; que ha aparecido en el mundo sin tocar á la cuna, y que no es conocido por su nacimiento ilustre, por su grandeza humana, por su fortuna brillante, por su prosperidad deliciosa, ni por alguna de esas grandiosidades que tanto deslumbran á los hijos de la carne. Nada de comun tiene este santo con los Alejandro, Césares y Pompeyos; con los semidioses de Roma, de Atenas y Cartago, ni con los que hicieron tanto ruido con sus aparatos belicosos y proezas decantadas. ¿De dónde pues su celebridad? Ved aquí lo que os voy á manifestar en este breve rato. Ninguna de las grandezas que el mundo reconoce y aprecia se halló en san Segundo, pero en esto justamente consiste su mérito. Él es el primer cristiano que puso el pié sobre nuestra tierra; nos anunció el Evangelio; fué nuestro primer obispo; fundó esta santa iglesia regándola con la sangre que derramó en confirmacion de la verdad que predicaba; nos protege desde el cielo; nos inspira amor á la sabiduría de los santos y horror á la de los sabios y prudentes del mundo, y estos son los títulos en que se funda nuestra piedad para hacer religiosa ostentacion de nuestra fe, de nuestra esperanza y de nuestra caridad en la presente solemnidad. ¿Hay cosa mas justa, mas racional, mas propia y digna de los hijos de la gracia? Díganlo los juiciosos.

Y vos, Virgen adorable, alcanzadme de vuestro santísimo Hijo la gracia que os pedimos diciéndoos con el ángel: *Ave María.*

Alaben al mundo sus adoradores, y lisonjéense en sus propios errores y desaciertos: inciensen á ese idolo fantástico que fabricó el capricho de los que se miran y se enamoran de sí mismos, como el Narciso de la fábula; corran tras esa imagen ficticia los necios que tienen por realidades las sombras y por bienes verdaderos los males mas funestos y trascendentales. Engriáanse, triunfen, dominen y hagan vana ostentacion de su grandeza y poderío los que puestos á la cabeza de las sociedades humanas se han erigido en árbitros y reguladores de nuestros destinos. Sigán en hora buena siendo lo que son esos Creos opulentos, esos Cínicos voluptuosos y brutales, esos Hiparcos furiosos, y esos orgullosos, arrogantes y soberbios que se creen capaces de detener el curso providencial que nos conduce al destino eterno de la gloria ó del infierno. Ríanse sarcásticamente los mundanos de los hijos del Evangelio y téngannos por fatuos, ilusos y fanáticos los que se llaman á sí mismos sabios, virtuosos é ilustrados, teniéndose por eternos y omnipotentes: que nosotros enseñados por san Segundo siempre diremos, que los fastuosos arranques de la sabiduría carnal y terrena, no son mas que una necedad á los ojos de Dios, como lo dice el Apóstol. *Sapientia enim hujus mundi stultitia est apud Deum*. Diremos que nuestra felicidad consiste en conocer, amar y servir al Dios que nos enseña á ser santos y perfectos, como deben serlo los hijos del Padre celestial: que el mundo es una figura superficial que se mancha, se borra, se deshace y desaparece, como la brisa de la mañana, y que el hombre no debe regular sus juicios, sus inclinaciones y sus deseos por los bienes presentes y sensibles, sino por los futuros, infalibles y eternos, que se nos han de adjudicar en la gloria, segun san Pablo. Nosotros instruídos en la escuela de san Segundo y amaestrados en la experiencia, sabemos que en el mundo no hay mas que lisonjeras ilusiones, sueños agradables, colores sobrepuestos, rasgos superficiales, máscaras, artificios, afectaciones y aparatos que pasan con mas velocidad que el viento; que desaparecen prontamente dejando en nuestros corazones un vacío que ocupan el dolor, la afliccion, la angustia, los remordimientos y las amarguras mas congojosas. Estamos muy convencidos de que el mundo alaba lo que reprueba Jesucristo y miraron con horror todos los santos; que rechaza, escarnece, huye y se aparta de todo lo que manda, ordena y prescribe nuestro divino Maes-

tro, y que por ser esto cierto renunciarnos de sus obras, de su espíritu, de sus bienes, pompas y vanidades en el bautismo. Nuestra religion, en una palabra, consiste en confesar, amar y seguir á Jesucristo; en despreciar las riquezas que idolatran los mundanos, por ser del número de los pobres á quienes el Redentor llama bienaventurados, porque de ellos es el reino de los cielos; en aborrecerse á sí mismos en esta vida, por ganar nuestras almas en la eterna; en llorar para ser consolados; en ser mansos, limpios de corazon y pacíficos para ser llamados hijos de Dios, y en pertenecer á la pequeña grey á la que dice Jesucristo, que no tema, porque Dios se ha complacido en darle el reino de los cielos. Esta es nuestra fe, esta nuestra creencia, estos nuestros sentimientos, este el Evangelio que nos anunció para nuestra dicha y felicidad el gran padre san Segundo. ¿Será de extrañar en vista de esto, que digamos, aseguremos y afirmemos que este santo se ha hecho célebre por haber sido fiel discípulo de Jesus; maestro celoso de su doctrina; infatigable predicador de las verdades evangélicas; padre amoroso de sus hijos y vigilante pastor de sus ovejas? ¿Pudiéramos derivar la grandeza de san Segundo mas que de la fuente, principio y origen de todo poder, fuerza, honor, virtud y gloria; ó asegurar que su celebridad será tan eterna como el Dios que la fomenta, si no perteneciera este aserto á la sustancia de nuestra religion que confiesa á Dios admirable en sus santos? San Segundo fué uno de los mas esclarecidos príncipes de la iglesia; un varon apostólico adornado con las virtudes, gracias y dones de un escogido del Señor, para llevar su nombre y predicar su Evangelio por toda la tierra; un operario infatigable en la viña del Padre celestial; un jardinero feliz, que constituido en Ávila conquistó con su afabilidad y dulzura los corazones de nuestros progenitores, haciéndose un todo para todos por ganarlos á Jesucristo; que confirmó su doctrina con repetidos milagros, con su admirable paciencia, angelical conducta, desinterés apostólico y demas virtudes propias de los discípulos de Jesus. San Segundo... Pero no me es posible explicar el mérito del varon apostólico que envió la bondad de nuestro Dios al suelo en que vivimos.

Si el Sabio tiene por un prodigio al varon que no corrió tras el oro, ni puso su confianza en el dinero ni en los tesoros de las riquezas, y dice que: ¿quién será este, para alabarle? ¿No

podria yo contestarle y decirle : aquí tienes en san Segundo ese hombre que deseas ver para ocuparte en sus alabanzas? Este santo es el que hizo cosas admirables en su vida; el que pudiendo quebrantar la ley no la quebrantó, hacer cosas malas y no las hizo. Por lo mismo se han afianzado sus bienes en el Señor, y toda la iglesia de los santos publicará sus limosnas. Sus frutos fueron los de una virtud verdaderamente sólida, pues que tuvo sumo horror al pecado, una insaciable sed de justicia, una mortificación constante y generosa, una sincerísima humildad de corazón, una gran puntualidad en el cumplimiento de sus obligaciones, amando con toda su alma todo lo que amó Jesucristo, y aborreciendo todo lo que él aborreció. De aquí su prontitud en abandonarlo todo y sacrificarlo todo por obedecer, servir y agrandar á su divino Maestro : el haber dejado su casa, sus hermanos, sus hermanas, su padre, su madre y todos sus bienes por seguir á Jesus, que es el camino, la verdad, y la vida de los suyos, y el no pensar mas que en extender los conocimientos de la fe por todos los ángulos de la tierra. ¡ Con qué celo tan ardoroso se internó por las provincias españolas, y con qué caridad tan encendida procuraba ilustrar á los españoles envueltos por entónces en las negras sombras del gentilismo! Si el gran Segundo entró en España por Granada, y con Torcuato, Tesifon, Indalecio, Eufrasio, Cecilio y Hesiquio fué hallado digno de padecer injurias, desprecios, tormentos y persecucion por el nombre de Jesus, y en vez de acobardarse se confirma mas en la resolucion de cumplir con su ministerio apostólico, el cielo le conforta, el Espíritu santo le dirige, su celo le hace atravesar provincias hasta llegar á la mil veces afortunada de Ávila, en que sembró la semilla del grano celestial y cultivó con tanto esmero el campo que le confió el Padre de familias, que logró ver planteada en esta tierra feliz la iglesia que por espacio de mas de diez y ocho siglos ha llenado de bienes á nuestras gentes. Bien sabeis que el mayor beneficio que Dios concede á los hombres es el conocimiento de la fe, y que habiéndonosle concedido por medio de san Segundo desde los principios de la promulgacion del Evangelio, debemos mostrarnos agradecidos y reconocer que la celebridad y grandeza de esta lumbrera de la iglesia, no dependen del nacimiento ilustre, de las riquezas, de los empleos honoríficos, de la reputacion mundana, ni de esos aparatos lujosos con que pretenden

ganarse un nombre los que le buscan para nutrir y fomentar su orgullo y vanidad; sino que dimanen de su verdadero mérito, de su verdadera virtud, de que habiendo sido un gran sacerdote que agradó á Dios durante su vida, se hizo digno de los honores y prerogativas con que el Omnipotente honra á sus santos. San Segundo consumió sus fuerzas en el servicio del Señor, se sacrificó por establecer el reinado de la gracia entre nosotros; nos dió á conocer al Salvador del mundo y Redentor de las naciones; nos emancipó de la dura esclavitud del demonio, y nos proporcionó la libertad de verdaderos hijos de Dios, nos instruyó en las doctrinas evangélicas, que con la gracia producen la virtud, la victoria de las pasiones, la reforma de las costumbres y la vida cristiana; nos hizo comprender que el padecer, sufrir y morir por Jesucristo es una verdadera ganancia; y por último, constituido nuestro primer pastor, tuvo el valor de dar su vida en defensa de la fe, en confirmacion de las verdades que nos predicó, en testimonio de la caridad con que amó á su Dios y al prójimo. Derramó su sangre san Segundo y murió á la violencia de los mas atroces tormentos, para que con su ejemplo aprendiésemos á buscar á Jesus por los caminos de la cruz, á no fijarnos en los bienes perecederos de esta vida fugaz y transeunte, á suspirar por los gozos eternos en que serán introducidos los que viven en los brazos de la pobreza, de la obediencia y de la castidad, y á conducirnos como verdaderos cristianos siempre atentos al gran negocio de nuestra salvacion. Todas estas cosas nos enseñó este maestro de las verdades evangélicas, no solo con la voz de su palabra, sino muy principalmente con la santidad de su vida, con la práctica de las virtudes, con el desinterés y caridad mas acendrada.

¡ Qué dicha seria la nuestra, si dóciles á las enseñanzas de este varon apostólico nos condujéramos como buenos cristianos, cumpliendo todos con las obligaciones de nuestro respectivo estado! ¡ O, y cómo sabríamos apreciar el mérito, la virtud y grandeza de nuestro padre san Segundo, si dirigidos por la ciencia de los santos, llegáramos á comprender lo que es esta vida, y lo que ha de ser la eterna! Si hoy, porque todos nos hemos extraviado, no acertamos á discernir entre lo caduco y lo eterno, entre las apariencias y la realidad, entre los delirios del mundo y las doctrinas del Evangelio; dia llegará, y no está lejos, en que se descubrirá claramente la eternidad, la imbecili-

dad del espíritu del mundo, y el desacierto de los que en él mandan, triunfan y dominan. Pronto se nos convencerá, para nuestra confusion, de que los placeres, pompas y vanidades de esta vida no producen mas que una alegría triste, llena de remordimientos, disgustos y pesares, precursores de eternos suplicios. Aun sin salir de este templo hará el Dios de san Segundo que perciban vuestras almas la necesidad y conveniencia de vivir y morir con la justificacion y santidad de los hijos de la gracia, y la urgencia en que se hallan los pecadores de convertirse al Señor si quieren evitar la condenacion eterna, y aspirar á la felicidad que Dios ha prometido á los que dejan los caminos del vicio y siguen los de la virtud. Yo invoco el testimonio de vuestra conciencia para que me digais, si no quisierais ser fieles discípulos de san Segundo; si no trocaríais de buena gana el estado tenebroso de la culpa que os acusa, por el de la gracia que consuela: si vuestras almas no estarían mas tranquilas y satisfechas en las apacibles sendas de nuestra religion divina, que en los conventículos de los pecadores en que todo es error, confusion é infierno. Si pues la virtud es tan apetecible, tan dulce, tan bella, tan agradable y tan deliciosa: si el reinado de la gracia á que nos llamó Dios por medio de san Segundo es tan celestial y divino, y todos experimentamos que no hay delicias comparables con las que disfruta el justo que ama y sirve á Dios en espíritu y en verdad: si no hay lágrimas mas dulces y consoladoras que las que derrama la penitencia: ¿en qué nos detenemos? ¿Por qué no rompemos los lazos de la carne y de la sangre que nos impiden mirar al cielo, y nos acogemos al santo patrono que nos llama como padre, nos enseña como maestro, nos edifica como santo, y nos protege como bienaventurado? Si la celebridad de san Segundo no reconoce otro origen que el de su mérito y su virtud, ¿cómo no aspiramos á imitarle para ser como él domésticos y familiares en la casa del Padre celestial? Todo está en nuestro favor. Dios nos llama, san Segundo nos protege, el tesoro de la vida eterna está á nuestra vista, Jesucristo nos da con que poder comprarle y adquirirle, y los ángeles están prontos para ayudarnos en el gran negocio de nuestra salvacion: solo falta que nos decidamos, que sigamos las huellas de nuestros padres que en cuanto oyeron y se convencieron de la verdad que les predicó san Segundo, tuvieron el valor suficiente para dejar sus falsos dioses, renunciar

á sus hábitos y costumbres, emprender una vida virtuosa modelada por el Evangelio, y aspirar al cielo por el camino de la cruz. Imitémoslos nosotros; demos de mano á los errores que nos preocupan y á las pasiones que nos arrastran: seamos cuerdos y sensatos y no perdamos de vista la verdad que pronunció el Apóstol cuando dijo: La sabiduría de este mundo es á los ojos de Dios una necedad: *Sapientia enim hujus mundi stultitia est apud Deum.*

Obrando así, el Dios de san Segundo nos perdonará como á los Pablos, Ciprianos y Agustinos; nos llenará de gracia; nos llevará de virtud en virtud hasta la perfeccion de las almas justas, y nos infundirá los dones necesarios para celebrar la memoria del que con la religion cristiana nos trajo todos los bienes. Resolvámonos á ser racionales, virtuosos y justos con la gracia del Señor, y el Padre de las misericordias y Dios de toda consolacion nos dará la gloria. Amen.